



CAPÍTULO XVI

Relato del combate de Peralejo.—Llegada del general Martínez Campos á Manzanillo.—Salida para Bayamo.—Llegada á Veguitas y encuentro del general Santocildes.—Cambio de impresiones y noticias de los rebeldes.—Empieza la acción en el potrero San Francisco.—La columna avanza hasta el río Mambay.—Muerte del heroico general Santocildes.—El general en jefe toma el bando de la columna.—Combate de Peralejo.—Heroismo de nuestras tropas.—El enemigo rechazado y obligado á retirarse.—Entrada del general y su columna en Bayamo.—Deducciones.—Bajas.



ABIENDO el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, que los insurrectos preparaban y proponíanse dar un audaz golpe de mano sobre Bayamo, con objeto de apoderarse de esta plaza, á cuyo efecto estaban reconcentrando sus fuerzas en las inmediaciones de la capital de la jurisdicción, antigua residencia del Gobierno superior de la isla, y en las faldas de la Sierra Maestra, en el partido de Valenzuela, trasladóse á Manzanillo con ánimo de desbaratar sus planes é inspeccionar personalmente el estado de dicha plaza.

El general llegó á Manzanillo el día 11 por la noche, acompañado de una pequeña escolta.

Sin tomar apenas descanso y sin atender los consejos de sus amigos, sin duda porque urgíale llegar cuanto antes al término de su expedición, salió de Manzanillo para Bayamo en la madrugada del siguiente

te día 12, con una escolta de 50 caballos al mando del teniente coronel señor Vaquero, y 200 soldados del regimiento de infantería de Isabel la Católica.

La marcha se hizo sin incidente hasta llegar á Veguitas á las dos de la tarde, donde encontró la columna del bizarro general Santocildes, compuesta de fuerzas del regimiento de Baeza, (tres compañías).



POTRERO VALENZUELA

una sección de ingenieros y la guerrilla mandada por el capitán Travesí; en junto, 200 hombres de infantería y 40 de caballería.

Los informes que allí pudo adquirir fueron que Maceo, en unión de Rabí, Massó, Tamayo, Estrada, Goulet, Salvador Rios, Rivero, Chongo, Parra y otros varios cabecillas, en una palabra, que todas las fuerzas insurrectas de Oriente, en número de más de *siete mil* hombres, estaban apostadas más allá de Barrancas, en el camino de Bayamo.

A pesar de todos estos datos, el general insistía en salir con solo una escolta de *doscientos* hombres de caballería. Por más que se le su-

plicaba desistiese de su temeridad, no había forma de hacerle abandonar su determinación. Todos estaban con gran pena, porque todos temían y poco más ó menos suponían que su temerario empeño le acarrearía un funesto desenlace. Por fin, el señor Quirch, en cuya casa se hospedaba, le volvió á insistir sobre el mismo tema, y parece que tan convincentes fueron sus razones y tan verídicos los informes que pudo darle, que logró hacerle cambiar de opinión, y entrando en el comedor, donde estaban á la mesa sus ayudantes y otras personas, les dijo:

—Al fin se han salido ustedes con su empeño; mañana de madrugada saldremos para Bayamo é iremos con toda la fuerza disponible.

Después el general Santocildes comunicó al general en jefe el resultado de las observaciones durante la jornada, y á la mañana siguientes continuaron juntos la expedición hacia Bayamo.

Como sabíase que los insurrectos, concedores del paso del general Martínez Campos por aquella zona, se habían replegado con gran rapidez sobre el camino de Bayamo, tratando de copar su columna, se tomaron todo género de precauciones para evitar una emboscada.

Las fuerzas que componían la pequeña columna iban animadas del mejor espíritu y deseosas de pelear.

* * *

En la mañana del día 13 emprendió la marcha la columna en dirección á Bayamo.

En Carruana se tuvo noticia de que el enemigo, en número de 7,000 hombres estaba en Valenzuela, entre Datil y Bueyecito, ocupando fuertes posiciones, y que á su frente se hallaban los cabecillas Maceo, Massó, Rabí, Goulet y Machado.

Eran las ocho de la mañana. Siguió la columna su marcha adelante

y á las once y media divisóse al enemigo en el potrero San Francisco, notándose desde luego que los rebeldes se habían concentrado en número considerable, y ocupado ventajosas posiciones cerca de Valenzuela, para impedir ó disputar el paso á nuestras tropas.

Como para seguir la marcha á Bayamo era preciso romper la línea enemiga, empezó seguidamente el combate, poniéndose al frente de nuestros valientes soldados el heróico general Santocildes.

La columna avanzó paso á paso, abriéndose camino entre los rebeldes en medio de un fuego incesante y merced á repetidos ataques á la bayoneta de nuestros intrépidos soldados; pero el enemigo defendía con tesón sus ventajosas posiciones, y el avance era muy lento.

Sin embargo, la columna avanzó sosteniendo el fuego durante cinco horas hasta el río Mabay.

El general Santocildes recorría la línea de guerrillas, animando á los soldados y desafiando el peligro y la lluvia de balas que caía á su alrededor, cuando dos balazos le hirieron simultáneamente en el pecho.

A pesar de sus heridas, el bravo general no quiso retirarse, y siguió á caballo recorriendo la línea y dando órdenes á sus oficiales; pero un tercer proyectil, hiriéndole en la frente, derribóle [del caballo y cayó exánime en brazos de sus ayudantes.

Fué éste uno de los momentos más críticos del combate,

El general Martinez Campos, tomó entonces el mando de la columna y continuó la marcha sin suspender el fuego y conteniendo los respectivos ataques del enemigo, hasta llegar á Sabana Peraleja.

Los insurrectos, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para vencer á aquellos valerosos y heróicos soldados, ó para detener, al menos, su paso á Bayamo, redoblaron sus esfuerzos y resolvieron dar un golpe decisivo.



Dispuestos á concluir con la columna que tan bravamente resistía y rechazaba sus impetuosos y desesperados ataques, y decididos á impedirles su paso á Bayamo, replegaron fuerzas de los extremos de su línea para emprender un ataque decisivo y ahogar con el número el valor de nuestros soldados.

Al efecto, al llegar la columna á la Sabana de Peralejo, tres mil ó tres mil quinientos insurrectos cargaron contra el general Martínez Campos y sus indómitos soldados.

Fué éste el supremo y decisivo momento de la acción.

Para resistir la tremenda carga de la caballería enemiga, fuéle preciso al general ordenar el sacrificio de las acémilas y de los caballos de los oficiales, librándose así de la impedimenta y reforzando la columna con los soldados que le custodiaban.

Tomadas estas disposiciones con la rapidez que las circunstancias exigían, el general dió orden de echar todos pié á tierra, mandó formar el cuadro de defensa, y esperó el ataque de los insurrectos.

El choque fué terrible, espantoso; pero la valiente infantería española resistió valerosamente el ataque y rechazó victoriosa la carga de la caballería enemiga, sembrando el campo de batalla de cadáveres.

Una y otra vez los rebeldes, alentados por la superioridad numérica y con la esperanza del triunfo, arremetieron con terrible furia contra nuestros soldados; y una y otra vez fueron rechazados por las bayonetas de nuestros bravos y serenos infantes.

A cada ataque seguía una inmediata derrota. La avalancha de *mambises* se estrellaba contra la muralla que formaban con sus pechos y sus

bayonetas nuestros invictos soldados, obligándoles á retirarse, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Contenidos en sus ataques los insurrectos por la serenidad y aplomo de nuestros valientes soldados, el general mandó tomar la orilla del monte, con la fuerza fraccionada en tres grupos. Así terminó de pasar la Sabana de Peralejo.

Fuera ya de la Sabana, la columna tomó la orilla del monte, sirviéndole este de defensa por retaguardia. Cada vez que se le venía encima una de aquellas avalanchas de hombres encontraban nuestras fuerzas en perfecto orden, rodilla en tierra, y con muchísimo acierto, haciendo descargas cerradas y causándoles muchas bajas, lo cual les desconcertaba y obligaba á retroceder. De este modo y muy lentamente, la columna iba siempre avanzando.

Entre tanto, Lolo Benitez, con diez guerrilleros dando pruebas de un valor temerario y de un arrojo digno de ser admirado, fué á Bayamo á buscar refuerzos y municiones atravesando por en medio del fuego del enemigo.

La ira de los jefes que mandaban las fuerzas insurrectas era mayor al ver que se les marchaba la ocasión tan codiciada y entonces las ma-



HIJO DEL GENERAL SANTOCILDES

Alumno de la Academia de Infantería de la Habana

sas de hombres que les caían eran cada vez mayores y más próximas; pero como el orden en nuestras tropas era perfecto y las voces de mando se atendían religiosamente, mientras más se aproximaba el enemigo y en mayor número lo hacía, mayor era el número de bajas que se le causaba. Los momentos de indecisión é incertidumbre que les producía la mortandad en sus filas, los aprovechaba el general para ir avanzando hácia el camino de Bayamo.

Maceo mandó fuerzas numerosas por dentro del monte para atacar por allí á la columna; pero nuestros bravos soldados estaban ya prevenidos y sus previsores jefes atentos á todos los movimientos del enemigo, y fueron igualmente recibidos.

* * *

La acción empezó á las diez de la mañana, y eran las siete de la noche y el enemigo seguía aún acometiendo con iguales bríos hasta que al llegar al río Mabay parece que se convenció de lo inútiles que resultaban sus esfuerzos, y viendo que se le venía la noche encima y que nada había logrado desistió dejando libre el paso.

El general, una vez á orillas del río y viéndose ya tranquilo, dió orden á la tropa para que por secciones y en el mayor orden fueran entrando en el río á beber, que bien lo necesitaban, pues desde el amanecer no habían podido apagar la ardorosa sed que sentían, ni humedecer siquiera sus secas gargantas.

Los que de lejos oían las descargas dijeron que eran tantas y tan repetidas, que desde un principio apenas pasó un intervalo de cinco minutos sin dejar de oirlas, tan iguales y uniformes, que más bien parecían disparos de artillería.

Una vez saciada la sed de todos, siguieron camino de Bayamo.

Cuando el valiente y temerario guerrillero Lolo Benitez regresó al sitio del combate, el fuego había cesado y el enemigo se había retirado ya, escarmentado duramente, dejando libre el camino de Bayamo.

Eran las ocho de la noche.

Desde que empezó la acción, el general echó pie á tierra y así siguió hasta llegar á Bayamo; de manera que pasó en medio de tantas peripecias como unas diez horas á pie, siempre en continuo movimiento, y como aún sufría mucho de la herida que recibió en una pierna cuando el horrible atentado del anarquista Pallás, se comprende cuanto no sería lo que en aquellos terribles momentos soportaría.

Sin embargo, todos confesaron y estuvieron unánimes en afirmar que su serenidad ante el inminente peligro que le amenazaba fué asombrosa; que á todo supo imponerse, infundiendo gran aliento su aplomo y bravura, que ni por un sólo instante le faltó, no viéndosele alterar ni un segundo, ni aun mandar con la más leve descomposición.

En todas partes estaba y á todos alentaba. Cuentan que con la sonrisa en los labios, decía á los soldados:

«No os apresuréis, muchachos; tirad siempre á la voz de mando de vuestros jefes y sin precipitación.

A unos les daba cariñosos golpecitos en el hombro y á otros los estimulaba con frases laudatorias; para todos tenía sonrisas y palabras de halago.

Innegable es, y, hay que reconocer y reconocemos con orgullo y entusiasmo, que desde el general en jefe hasta el último soldado, todos en ese día se portaron como héroes, todos pelearon con sin igual valor, como saben pelear siempre los soldados españoles, sin que hubiera que excitarlos ni resultara nota discordante de ninguna especie.

*
* *
*

El general Martínez Campos entró en Bayamo, al frente de sus invictos soldados, á las nueve de la noche, después de una jornada de verdadera prueba y gloriosa para nuestras armas, pero muy dolorosa y sensible para la Madre patria, que en ella perdió á uno de sus más bizarros é ilustres generales y á su bravo é ilustrado ayudante, el joven primer teniente, don Tomás Sotomayor.

Nuestras tropas condujeron en hombros el cadáver del malogrado Santocildes que recibió en Bayamo cristiana sepultura, en medio del duelo general de la población.

Dedúcese del relato transmitido por nuestro bien informado é imparcial corresponsal en Santiago de Cuba, un hecho esencial cuando se trata de apreciar sucesos de la guerra. y es, que el campo quedó por los nuestros, siendo rechazado y obligado á retirarse el enemigo, y cumpliendo la columna del general en jefe el fin único de la operación emprendida, que era entrar en Bayamo.

El combate fué épico, y nuestras tropas se cubrieron una vez más de gloria, renovando aquellos inmemoriales tiempos en que nuestros tercios fueron los primeros del mundo.

Puede afirmarse, por tanto, que la acción de Peralejo fué, no solo un combate glorioso para nuestras armas, sino una verdadera victoria sobre las huestes filibusteras de Maceo y sus secuaces.

El número de bajas que tuvo el enemigo, fueron de 120 muertos y más de doscientos heridos.

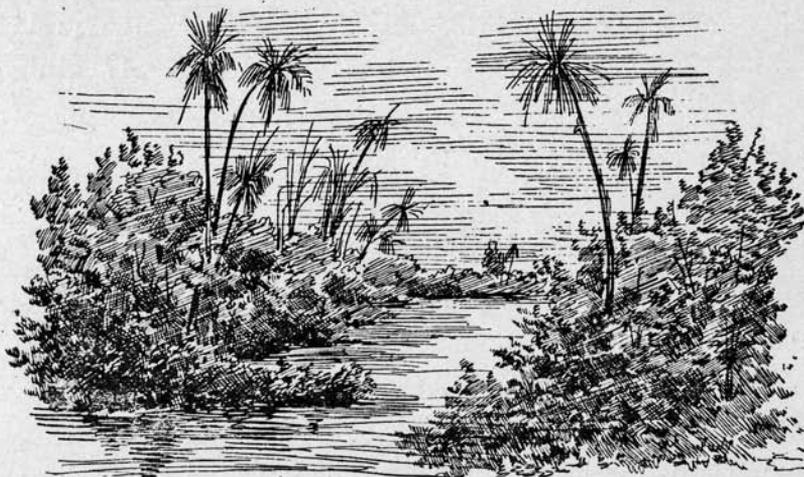
Nuestras tropas tuvieron las siguientes:

El bravo general Santocildes y su bizarro ayudante, el teniente don Tomás Sotomayor, muertos; y heridos, los tenientes coroneles señores Vaquero y San Martín, Lolo Benitez, el capitán Travesí, dos tenientes y setenta soldados.

A consecuencia de las graves heridas que recibió en el campo de la acción, falleció también á las pocas horas, el valiente capitán del regimiento de Isabel la Católica, don Eusebio Tomás.

Los cabecillas Rabí, Machado, Goulet, Moncada, hermano del negro Guillermón, y Ramírez, fueron gravemente heridos, lo cual hizo suponer en los primeros momentos, que habían sido bajas definitivas en el campo insurrecto.

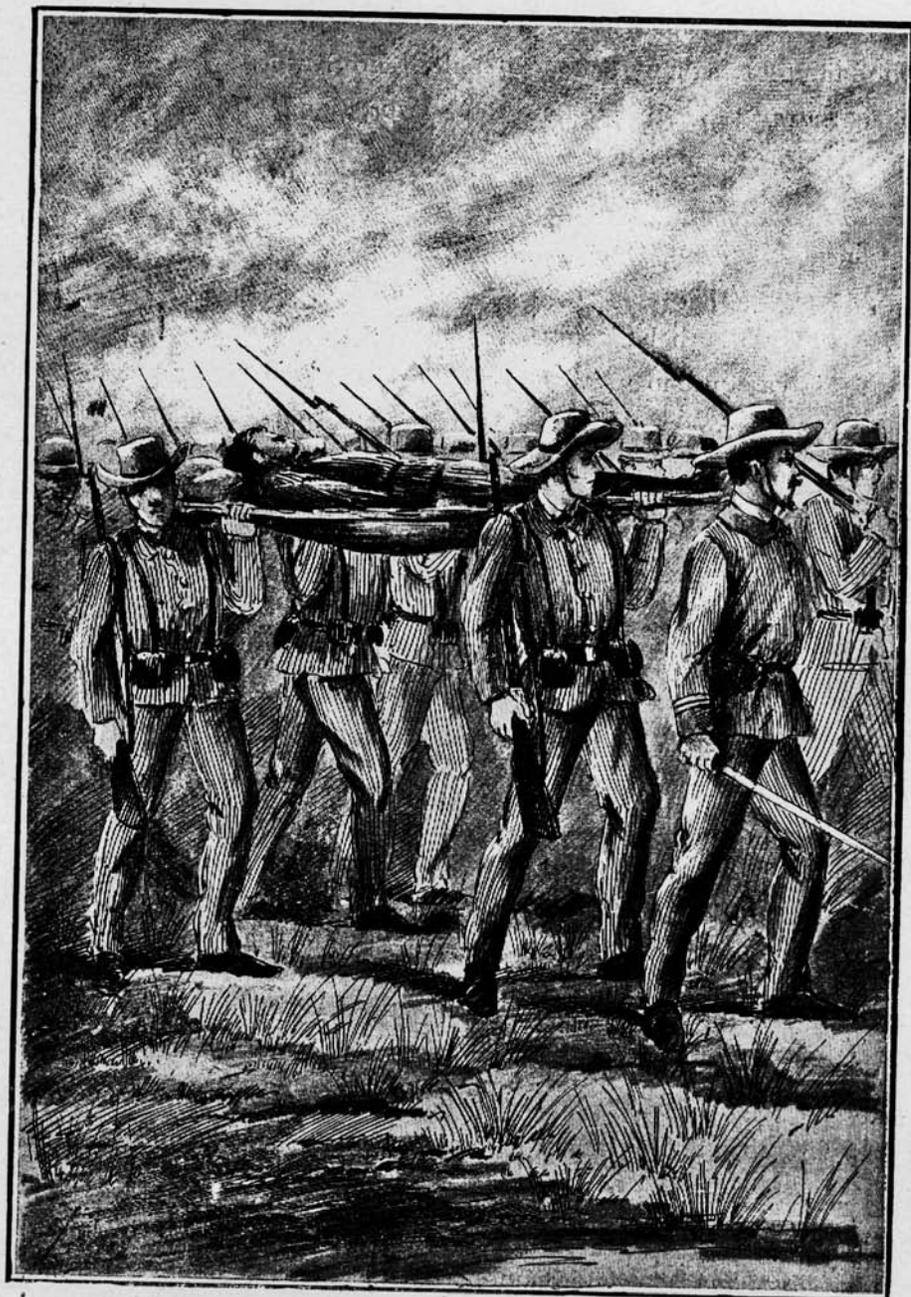
En todos los ánimos, así de la Península como de la isla, produjo



RIVERA DEL RIO BUEYECITO

penosísima impresión la noticia de la muerte del bizarro general Santocildes, cuyo nombre era, desde el comienzo de la actual campaña contra los filibusteros cubanos, uno de los más sonados y populares.

El ilustre general don Fidel Alonso de Santocildes, tuvo el glorioso fin reservado únicamente á los bravos y á los héroes, y su brillantísima hoja de servicios cerróse en el campo de batalla.



CONDUCCIÓN A BAYAMO DEL CADAVER DEL MALGRADO GENERAL
ALONSO DE SANTOCILDES

Refirieron algunos testigos presentes en el sangriento combate donde tan gloriosa muerte cupo al malogrado Santocildes que, á pesar de tener atravesado el pecho por dos balazos, siguió el bravo general á caballo, recorriendo las primeras filas, infundiendo valor y ánimo á los soldados y entusiasmándoles con su arrojo y serenidad.

Cuando más nutrido era el fuego, estaba en la vanguardia al frente de aquellos valientes soldados de Isabel la Católica, con los que tantas penas y glorias había compartido.

Tenía ya el pecho atravesado por dos balazos, y los que estaban á su alrededor comprendían que no era posible que permaneciera allí por más tiempo. El general en jefe le mandó un recado para que se retirara, contestándole él «que aún tenía espíritu, y que mientras éste no le abandonara, no abandonaría su puesto».

—¡Mi general, que está V. herido, que se desangra V., retírese!— le gritaban sus soldados al observar su pecho ensangrentado.

Pero él, impávido y sereno, continuó en su puesto, siempre avanzando y desafiando el peligro, y contestando á la advertencia de sus valientes soldados:

—Esto no es nada hijos míos, dos arañazos, cosa leve. ¡Arriba, y viva España! ¡Animo, y fuego á ellos!...

En aquel momento, un tercer proyectil, que le penetró por encima de la ceja derecha, atravesóle el cráneo, y cayó inerte y exánime al suelo sin articular una palabra más... ¡estaba muerto!

Casi al mismo tiempo que él, caía también para no levantarse más, su joven ayudante, el bravo segundo teniente don Tomás Sotomayor.

El bizarro y noble cuánto malogrado general tuvo la muerte gloriosa de los valientes que caen sobre el campo del honor abrazados á la gloriosa enseña de la patria, que juraron defender hasta morir, mostrando á los demás el sendero que deben seguir y dando á todos un ejemplo de admirable heroísmo que imitar y aplaudir.

En la anterior guerra separatista demostró ya su bravura y pericia mandando el batallón de San Quintín, que alcanzó en una de sus gloriosas acciones contra los insurrectos la corbata de San Fernando.

Cuando aparecieron las primeras partidas en el actual movimiento insurreccional, desempeñaba el cargo de gobernador militar de Manzanillo, y acto seguido salió al campo á perseguir á los enemigos de España, conquistándose en el combate de Bayamo el fagín de general de brigada.

*
*
*

Nació el bravo y cumplido caballero en la villa de Cubo, (Burgos), el 24 de Abril de 1844. Ingresó de cadete en el colegio de infantería de Toledo, el año de 1859, ascendiendo á alférez en 1861.

Pasó á Puerto Rico cuando los sucesos de Santo Domingo, y allí obtuvo el grado de teniente por servicios prestados en campaña.

En 1869 se encontraba de guarnición en el distrito militar de Galicia, y voluntariamente fué destinado con su batallón al ejército de Cuba, desembarcando en la Habana el día 23 de Marzo.

El 26 del propio mes comenzó las operaciones en la jurisdicción de Manzanillo, obteniendo en los campos de batalla todos sus empleos, desde teniente á general por méritos de guerra.

Su gallarda figura y las elevadas cualidades de su espíritu imponían el respeto á la par que la más afectuosa consideración á cuántos le trataban. Era el tipo acabado del caballero y del militar.

España debe grabar su ilustre nombre en las páginas gloriosas de su historia patria, para inmortalizar su recuerdo en justo premio á su heroísmo y abnegación.

Interin, adelantémonos nosotros á rendir honroso tributo á su

patriotismo y heróico sacrificio, consagrando á su memoria un sentido y perdurable recuerdo en estas páginas, á fin de que aquella se haga imperecedera en la mente de todos sus compatriotas.

Quépale á su desolada esposa y á sus amantes hijos el consuelo de saber que murió como un héroe; como sólo mueren los valientes.

* * *

En Burgos causó gran sentimiento la noticia de la muerte del pundonoroso y bravo general Santocildes, hijo de la provincia.

Todos los periódicos locales, dedicaronle sentidos artículos necrológicos, encomiando su valor y heroísmo, patentizando el cariño que la ciudad de Burgos le profesaba y el prestigio que por sus cualidades y merecimientos gozaba en la Metrópoli y en Cuba.

Un concejal del Ayuntamiento de Burgos presentó una instancia al Municipio suscripta por más de 9,000 personas, pidiendo que la Corporación municipal adoptase los acuerdos oportunos para honrar la memoria del heróico general burgalés, á fin de que de algun modo ostensible se testimoniase el sentimiento con que Burgos recibiría la triste nueva de su gloriosa muerte.



UNO DE LOS CABECILLAS MUERTOS EN PERALEJO

Por unánime aclamación acordó el Ayuntamiento hacer constar en acta el profundo sentimiento que había causado en la ciudad la muerte de tan ilustre burgalés; dirigir atento mensaje á la viuda é hijos del finado, como igualmente al vice-presidente de la sociedad burgalesa de la Habana, y celebrar en una de las parroquias de la capital solemnes honras fúnebres en sufragio y honor de tan valiente militar y demás españoles muertos en la campaña de Cuba.

El Ayuntamiento, en posterior sesión y accediendo á los deseos y petición de los exponentes, acordó también dar á una de las calles de lá ciudad el nombre del ilustre general que sacrificó su vida en defensa de la patria y de la honra nacional.

¡Así honran los pueblos cultos la memoria de sus preclaros hijos!

